

EL PESO DE LA HISTORIA Y LAS VICISITUDES DE LAS ORGANIZACIONES INFORMALES POBLACIONALES EN SANTIAGO DE CHILE, 1973-1990*

Tom Salman**

INTRODUCCIÓN

El debate terminó. Perdieron los creyentes, ganaron los escépticos. Perdieron los creyentes que sostenían que esas redes de organizaciones informales, de subsistencia, que existían en las poblaciones¹ de Santiago y otras grandes ciudades chilenas durante la dictadura, iban a cambiar el paisaje político del país. Ya no se puede negar: no cambió casi nada. La política en Chile hoy en día es una política de los partidos, de las instituciones, de los políticos profesionales y de los expertos. Y en cambio las estrategias de autogestión y autosubsistencia de la "política íntima", la política de la comunidad, de la pequeña escala, no juega ya casi ningún papel en el Chile pos-dictatorial. Tampoco se puede hablar de un movimiento de pobladores como resultado de todos esos años de esfuerzos y experiencias organizativas.

Los debates de retaguardia ahora son sobre el porqué de este fenómeno del no-cumplimiento de la promesa.² ¿Por qué los partidos no permitieron que las organizaciones de base actuaran más abiertamente y tuvieran participación en la política? ¿Pero cómo, entonces, se explica este éxito de la política gubernamental desmotivadora de las movilizaciones de base? ¿Por qué todo Chile, incluyendo a los pobladores, tiene plena confianza en el futuro económico modelado por la política actual? O más bien todo lo contrario, ¿no se puede

* Agradezco a CEDLA (Centro de Estudios y Documentación Latinoamericana) en Amsterdam por la oportunidad que me dio de realizar esta investigación.

** Investigador de CEDLA, Universidad de Amsterdam y profesor visitante de FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), Sede Ecuador.

1. Las "poblaciones" son en Santiago lo que son los "barrios marginales" o "suburbios" en Quito, las "favelas" en Río de Janeiro, y los "pueblos jóvenes" en Lima.

2. Por ejemplo en *Cal y Canto*, 14, noviembre 1993, De la Maza, pp. 4-5, Solervicens pp. 6-8.

hablar de un fracaso, porque los cambios realizados fueron más bien cambios dentro de una dimensión distinta: la dimensión de una identidad colectiva, de una cultura cotidiana,³ y no dentro de la dimensión de la capacidad política?

Las explicaciones hasta la fecha no parecen ser muy equilibradas. Por una parte, determinar si se trata o no de un –posible– movimiento social, enajena el debate demasiado. Esto impide que los distintos aspectos del fenómeno reciban una atención más imparcial y de distancia. Por otra parte, los participantes en el debate no solamente defienden posiciones y convicciones científicas, sino también políticas. En sí no hay nada de malo en eso: ya sabemos que una ciencia neutra no existe. En este caso, sin embargo, resulta que las explicaciones están demasiado influenciadas por el deseo de mostrar que la posición política propia es la correcta. Pro-gobiernistas suelen justificar su desinterés por delegar una oportunidad en la toma de decisiones, así como una participación de los ciudadanos (especialmente los pobres) por parte del gobierno, con el argumento de la desintegración poblacional y la incapacidad organizacional. Según ellos el Mundo Poblacional⁴ es incapaz de proponer proyectos políticos. Mientras tanto, los que son más críticos frente al gobierno y al “nuevo institucionalismo” tratan de mostrar que el Estado ha suprimido algo que es un verdadero y rico potencial de acción poblacional. Como consecuencia, en el debate sobre el significado de las organizaciones poblacionales, los puntos de elección de las distintas temáticas y las omisiones en las argumentaciones parecen ser a veces un poco arbitrarias.

En este artículo quiero dar una explicación un poco más completa sobre el desarrollo de las organizaciones poblacionales, evitando el dilema de elegir entre la disyuntiva “si existe” (o puede existir) o “no existe” (ni puede existir) un movimiento social poblacional. Al subrayar la importancia de las tradiciones pre-dictatoriales de movilización política de los “pobres de la ciudad”, intento entender la disposición de cada uno de los distintos grupos de pobladores a meterse o no, en organizaciones de subsistencia, de protesta, o con pretensiones políticas, tanto durante como después de la dictadura. Para esto voy a recuperar primero el debate en Chile sobre el mundo y el movimiento poblacional.

3. Esta sería una variante de la evaluación de los movimientos sociales basada en el “identity oriented paradigm”. En esta aproximación se sostiene que la importancia y el radio de acción de la actuación de nuevas organizaciones y movimientos sociales es más bien en el campo de lo cultural, o la dimensión de las relaciones internas, de prácticas internas más solidarias para construir una comunidad distinta y una auto-estimación más digna, en breve: más bien de identidad que de política (Evers, 1985; Kriés, 1983; Thome, 1991; para Venezuela: Uribe, 1987).

4. En este texto hablo del Mundo Poblacional. Con este concepto no quiero sugerir que exista algo homogéneo y claramente acotado que se pueda denominar “Mundo”. En lugar de un significado ontológico, más bien quiero indicar algo que tiene semejanzas en su historia colectiva, en sus prácticas cotidianas y en sus condiciones de vida, dejando espacio para todas las distinciones internas y para la variación en términos de auto-identificación con “lo poblacional”.

Después introduciré lo que yo considero la dimensión olvidada del tema: la formación histórica de inclinaciones, orientaciones y capacidades para la acción colectiva. Luego trataré de explicar más detenidamente el cómo las tradiciones de movilización, y cómo las exclusiones de ciertos grupos dentro de esta movilización, nos pueden ayudar a entender el por qué, por ejemplo, las mujeres participaron más que los hombres en las organizaciones poblacionales durante la dictadura, por qué los jóvenes eligieron sus estrategias tan radicalmente, y finalmente, por qué las organizaciones tomaron el rumbo que tomaron en el proceso de la transición democrática.

Finalmente daré algunos comentarios teóricos más genéricos sobre las teorías y los estudios de acción colectiva y movimientos sociales.

ANTECEDENTES

La contraposición entre los “creyentes” y los “no-creyentes” en un movimiento social poblacional no fue solamente eco de visiones opuestas científicamente, sino también políticamente. Hasta 1983, en la fase de impotencia e inercia por parte de los partidos políticos, existió una simpatía (pre-ideológica, sin grandes compromisos) hacia las organizaciones de base, quienes fueron prácticamente la única resistencia visible y continua contra la dictadura. Después de 1983 todo cambió. Las protestas, y más precisamente la gran presencia de los pobladores dentro de estas protestas, hicieron necesario repensar más concretamente las estrategias para hacer caer la dictadura. ¿Sería posible que las organizaciones de base también pudieran jugar un papel en ello?

Paradójicamente, este debate sobre el rol de los nuevos movimientos sociales en la transición surgió justamente cuando los partidos políticos ganaron espacio para actuar y lucharon más enérgicamente que antes por jugar un rol en la transición. Pero al mismo tiempo se multiplicaron las organizaciones en las poblaciones. Estas organizaciones se independizaron gradualmente de la iglesia, variaron más y más sus actividades, y se involucraron cada vez más pobladores. Surgió un discurso con formas más concretas, dirigido a destacar la importancia, la potencia, el modelo y el futuro de estas organizaciones de base.⁵ La idea de la existencia de un movimiento fue defendida, con cada vez más insistencia, por algunos observadores. Se multiplicaban los debates acerca de la necesidad de más autonomía, sobre las estrategias alternativas de desarrollo y sobre la democracia de base, una democracia más substancial. Así surgió de una forma cada vez más pronunciada la contraposición entre los

5. Por ejemplo Luis Razeto, 1985, 1987; y Razeto, Klenner, Ramírez y Urmeneta, 1990.

“movimientistas” y los “institucionalistas”.⁶ Los primeros defendieron la importancia y el potencial de esa red de organizaciones, como un fenómeno cuya influencia debería ir mucho más allá de la “subsistencia” y “la crisis”. Los últimos, en cambio, acentuaban la debilidad del mismo fenómeno. Mostraron que solamente una minoría de los pobladores participaba, y que la voluntad de construir “algo diferente” estaba prácticamente ausente; más bien se trataba de una estrategia temporal, que no afectaba en nada las orientaciones integracionistas, conformistas y “modernizantes” de la gran mayoría de los pobladores.⁷ Y en torno a las protestas señalaron que fue más bien una demostración de voluntarismo y frustración de unos cuantos desorientados, sobre todo jóvenes pobladores. Y enfatizaron que no significaba de ninguna manera una posibilidad de movilización política independiente.

Para generar tales análisis los “institucionalistas” se apoyaron en argumentos parciales y limitados. Se basaban en encuestas que solamente mostraban las dimensiones estáticas y discursivas de la “naturaleza” de la “especie poblador”. Ignoraban casi completamente las interacciones del mundo poblacional con la Iglesia y las ONG,⁸ los estimuladores y educadores de las organizaciones de base. Es improbable que “la base” fuera remodelada por los discursos de la Iglesia y las ONG. Pero tampoco se puede negar que entraron en juego nuevos “cuentos” sobre la realidad poblacional y la capacidad para cambiar enfoques acerca de las cosas. Tampoco se puede negar los procesos de su aprendizaje y el surgimiento de nuevos actores dentro del mundo poblacional. En la imagen del mundo poblacional que construyeron los “institucionalistas” no se consideró ninguna de estas dinámicas sociales. Ellos desatendieron las prácticas cotidianas no discursivas dentro del mundo poblacional, cuya importancia puede ir más allá del supuesto “conformismo masivo”. Además no diferenciaron suficientemente entre los distintos grupos y tendieron a reducir las experiencias de las mujeres dentro de las organizaciones a un mero dato estadístico. Y lo que es más, concluyeron un poco arbitrariamente que sus consideraciones hacían improbable el surgimiento de un movimiento poblacional, y por ello dejaron de poner atención en procesos de transformación más lentos, indirectos y secundarios. Una vez resuelta esta cuestión sobre el movimiento, para ellos se

6. No existen “representantes puros” y no me interesa pegar etiquetas. Sin embargo, para nombrar algunos de los más conocidos y publicadores, creo que pertenecen a los institucionalistas Guillermo Campero (1987), Eduardo Valenzuela (1987) y Eugenio Tironi (1986, 1987), y a los movimientistas Mario Garcés (1990), Gonzalo de la Maza (1993), y John Friedman (1989).

7. Por ejemplo, como lo expresó Valenzuela (1987: 104): “Las ideologías comunitaristas, los principios de identidad excluyentes (...) son fenómenos marginales (...) El mundo popular (...) tiende (...) hacia la integración nacional”.

8. Aunque a veces sugirieron que fueron estos actores externos los que *crearon* las organizaciones (Campero, 1987: 90).

acabó por completo cualquier atención a los procesos sociales y asociativos dentro de las poblaciones y más bien dedicaron toda su atención a una estrategia electoral. Solamente con la democracia reestablecida, según ellos, sería posible emancipar lo poblacional; y esto por medio de programas y políticas gubernamentales. Después de todo, las poblaciones no iban a resolver o innovar nada por su cuenta.

También los “movimientistas” se basaron en un análisis no-equilibrado. Enfatizaban la dinámica de las organizaciones, en cuanto tales, y prácticamente olvidaron “la lentitud” de movimiento del resto del mundo poblacional, y más importante aún, la lentitud de los cambios en las orientaciones, expectativas y auto-identificaciones de los mismos participantes. Tendieron a igualar “cosas dichas” con “cosas cambiadas”. Además, no fueron lo suficientemente específicos sobre las consecuencias de las experiencias de participación en los distintos sectores dentro del mundo poblacional. Sobredimensionaron la magnitud de los cambios y la importancia de la concientización de los participantes, porque escucharon exclusivamente a sus propios portavoces, y al eco de los discursos nuevos dentro del grupo de las “vanguardias organizacionales”. Tampoco tomaron suficientemente en cuenta el hecho de que la evolución de organizaciones dispersas y su constitución en un movimiento no es solamente cuestión de ampliación a escala.

Una vez fracasado el escenario que hablaba de la existencia de un movimiento poblacional (alrededor del 1986), este grupo de “movimientistas” se dividió en un grupo de arrepentidos, un grupo de “críticos enojados”, y en un grupo de “profetas de la identidad”. Los primeros optaron por mostrar “al mal tiempo, buena cara”, y decidieron sumarse a una transición electoral dirigida por los partidos políticos. Se convirtieron, por lo tanto, en “institucionalistas”. Los segundos siguieron reclutando gente para la “resurrección desde abajo”, y criticaron a los partidos reformistas e incluso abusadores de la “dedicación del pueblo”. Los últimos buscaron la ganancia organizacional en los cambios culturales y comunales. Según ellos, no se trataba tanto de un cambio político global, sino más bien de un crecimiento de la auto-estima, de la confianza en sí mismos; de un aprendizaje de la democracia local, y de re-ganar una identidad comunal dentro de un mundo rápidamente modernizando, cada vez más anónimo y en competencia permanente.

En términos más teóricos, se puede decir que ambas posiciones, se fundaron en enfoques ya tradicionales dentro de las ciencias sociales: estructuralismo versus el “enfoque en el actor”.⁹ El uno buscaba el “por qué”, el trasfondo del surgimiento (o del no-surgimiento) de la acción colectiva. Sus análisis fueron

9. En inglés se distingue entre “structuralism” y “actor-oriented theory”, a veces también, “interaccionalism”.

sobre todo estructuralistas. El otro buscaba una explicación de la dinámica del desarrollo organizacional, y enfatizaban el “cómo”. Ninguna de las dos posiciones puso mucho énfasis en una dimensión que nos puede ayudar a entender las vicisitudes más complejas de las organizaciones y que podría servir tanto como complemento como puente de la dicotomía entre estrategias de estudios estructuralistas y “actor-orientados”: la historia en su doble sentido de “carga” y de “proceso transformativo”.

ESTRUCTURAS E INTERACCIONES

Defiendo un método de investigación basado en una distinción entre factores estructurales, factores interactivos y mediaciones o factores disposicionales, basados en la historia. Para poder explicar el desarrollo de acciones colectivas –no importa de qué escala o de qué naturaleza– pienso que es necesario tomar en cuenta estos tres grupos de factores.

Los factores estructurales son aquellos que no pueden ser influidos por los actores. Cambiarlos está fuera de su alcance, por lo menos a corto plazo. Aluden a las estructuras sociales y económicas, a los patrones políticos y de comportamiento permanentes del Estado y a las condiciones materiales de vida.

Esbozando brevemente la situación en el Chile dictatorial y su relación con factores estructurales, se puede decir que había muy poco que favoreciera el desarrollo de una acción colectiva en el mundo poblacional. No existía en el mundo poblacional una rutina estable de formas de acción para defender sus intereses contra un “enemigo-Estado”. No había mayor homogeneidad social o cultural entre los pobladores. Social, cultural, política, histórica y geográficamente, el mundo poblacional se hallaba muy disperso. Los efectos “archipiélago” de esta realidad fueron reforzados por la política a largo plazo del régimen militar, que consistía en el aislamiento de los barrios, combinando políticas espaciales de segregación, y represión. Aparte de ello hubo una gran desconfianza por parte de las autoridades hacia el mundo poblacional, dando como resultado una política de infiltración por medio de *sapos*, o soplones. Además, como consecuencia de las erradicaciones y otros factores, hubo rupturas de los tejidos sociales dentro de las poblaciones. Resultado de todo ello, para muchos no quedó nada más que la alternativa de luchar individualmente, sobre todo dentro del sector informal, con el fin de sobrevivir familiarmente y alimentar una pequeña esperanza. Aparte de eso, había un desconocimiento y una incomunicación sobre la situación en las poblaciones. Fue prácticamente imposible ampliar la visión sobre los acontecimientos así como comparar la situación propia con la situación de los “compañeros de fatigas”.

Es cierto que había un deterioro de las condiciones de vida. Esto, teóricamente, es una situación estructural que puede favorecer al impulso de

una acción colectiva. Muchos teóricos de la acción colectiva pensaban y aún piensan que es, sobre todo, la “urgencia de los problemas” lo que da forma a las iniciativas de agrupamiento. Sin embargo, en el caso específico de Chile bajo la dictadura, la responsabilidad de ese deterioro era visible para muy pocos dentro del mundo poblacional. Por eso no creo que este deterioro, ni los “factores estructurales” en general, contribuyeran mucho a la formación de la acción colectiva dentro de los poblaciones.

Al considerar los factores interactivos, la situación es más complicada. La gran mayoría de los co-actores, o las agencias externas, influyeron negativamente en el posible surgimiento de una acción colectiva poblacional. En primer lugar estaba el Estado con su doble política de represión y manipulación.¹⁰ Este segundo rostro –de la manipulación– probablemente a veces fue más efectiva que el primero. Con su dominio sobre los medios de comunicación, sus programas de subsidios a base de postulación individual, sus promesas y lindos dibujos del futuro, su énfasis en la responsabilidad de cada uno como individuo; el Estado disponía de estrategias muy efectivas para desmotivar los esfuerzos colectivos y las iniciativas grupales.¹¹ Los partidos políticos a su vez casi no pudieron influir o estimular la organización, durante mucho tiempo. Aparte de esta impotencia partidaria, dentro del mundo poblacional había mucha desconfianza en los partidos por su tradición de lucha ideológica, su “cupularismo”, y su supuesta co-responsabilidad por el golpe militar (Baño, 1984). Todos estos juicios populares, por supuesto, fueron estimulados y reforzados por el régimen. Además, muchos pobladores se sintieron abandonados después del golpe, y la confirmación de su sospecha fue que los partidos y los políticos vivieron en otro mundo, distinto al mundo de la lucha diaria para poder “dar de comer a la familia”.

En realidad, existieron solamente dos co-actores estimulando iniciativas o disposiciones de organización: la Iglesia y las ONG. Sus aportes no se redujeron solamente a facilitar el proceso; también influyeron en el tipo de organización y en el discurso que dio forma al auto-entendimiento tanto de los participantes comunes y corrientes, como de los moderadores, iniciadores, educadores y dirigentes de las organizaciones. Fue un discurso que re-valoró la emergente forma de organización, que era pequeña, informal, más bien dirigida a sobrevivir que a transformar, más bien social que política, más local que

10. Es cierto que es un poco forzado distinguir las “actitudes de largo plazo” del Estado dictatorial de las “políticas interactivas”, con el motivo de controlar, desorientar y engañar. Sin embargo, me parece una distinción útil para aclarar algunas cosas.

11. Tampoco se puede olvidar la importancia del miedo. Meterse en algo público, aunque sea de una escala muy limitada, fue fuertemente desmotivado por la experiencia de “dolor y sufrimiento, la pérdida de personas amadas, pérdidas esenciales en relación al significado de la propia existencia o la muerte” (Lira y Castillo, 1991: 8). También véase Constable y Valenzuela, 1991: 140-165.

sectorial. En parte fue justificable esta tendencia a explicitar y legitimar discursivamente el modelo de organización predominante en la época. Sin embargo, como consecuencia, no hubo mayor interés para pensar críticamente sobre el rol de este tipo de organización, dentro de un marco más amplio de transición democrática, o dentro de la institucionalidad democrática una vez constituida. El nuevo modelo de organización fue en parte sobre-estimado como "alternativa-total" frente a la tradicional preponderancia, en Chile, de los partidos políticos.¹² En parte también, sin embargo, fue sub-estimado; por los "institucionalistas" por ejemplo. Ellos pudieron explicar por qué las organizaciones virtualmente desaparecieron en el proceso de transición democrático,¹³ pero dejaron de hacer un análisis más de fondo de los efectos directos e indirectos de las organizaciones locales. Con esto desatendieron procesos muy importantes, a base de un juicio demasiado genérico sobre la ausencia de un movimiento. Los "movimientistas", en cambio, solamente pudieron explicar "el fracaso" de su creencia por factores externos, apuntando y acusando a los partidos de actuar de una forma "cupularista", y apuntando al Estado (nuevo), lo que exigió "paciencia". Resulta que revisando la dimensión de los factores interaccionales, abundan los argumentos para poder explicar lo que pasó con las organizaciones después del año 1986. Pero hay poco consensos, ya que en casi igual escala se pueden obtener argumentos para desmentir o reconfirmar un movimiento social.

Con esta revisión de las consecuencias de los factores estructurales e interaccionales se puede explicar parcialmente lo que pasó con las organizaciones poblacionales. Estos análisis también ayudan a interpretar lo que había en el trasfondo de estos juicios tan opuestos por parte de los "movimientistas" y los "institucionalistas". Pero no pueden explicarse otros factores muy importantes. Por ejemplo: ¿Por qué exactamente participaron las mujeres? ¿Por qué (después) también los jóvenes? ¿Qué tiene que ver el hecho de la sobre-representación de estos dos sectores con las características que asumieron las organizaciones? ¿Por qué fueron tan prometedores y por qué después había tanta desilusión sobre su papel? ¿Por qué las protestas se desarrollaban como lo hicieron? ¿Y por qué al final no hubo una resurrección popular?

Para poder explicar las vicisitudes y los efectos de las organizaciones y movimientos, hay que tomar en cuenta también, la tercera dimensión de los factores constitutivos para la acción colectiva.¹⁴ En concreto, se trata de las

12. Fueron sobre todo los "movimientistas" quienes expresaron este análisis.

13. Enfatizando la incapacidad poblacional de desarrollar proyectos políticos y el conformismo y estatismo que siguió vigente después de todos estos años de dictadura. Además apuntaron que, aunque sea de modo anacrónico, muchos pobladores siguieron identificándose con el término "obrero", fiel a un modelo de industrialización estimulado por el Estado.

14. Romero (1990) contribuyó a llamar la atención sobre esta dimensión.

tradiciones encarnadas, de las disposiciones, preparaciones, equipamientos, ambiciones y criterios para hacer el balance entre asumir riesgos y esperar obtener beneficios a largo plazo, en suma, las identidades colectivas (plurales), *habitus*,¹⁵ y capacidades sociales.

LA DIMENSIÓN DE LAS DISPOSICIONES HEREDADAS

Oxhorn (1988: 228) fue uno de los pocos en considerar, de manera explícita, la importancia de la historia de las movilizaciones para poder interpretar el surgimiento de organizaciones poblacionales durante la dictadura.¹⁶ Sin embargo, su análisis suele ser muy genérico. Sostiene que la tradición democrática de Chile había producido “los valores y normas de comportamiento conductoras a la organización en el nivel de la base” (Oxhorn, 1988: 228). En esta interpretación falta especificar tales características, y tampoco se ha determinado, de manera concreta, cuales fueron los actores, y de que modo heredaron determinadas capacidades y orientaciones.

La historia de Chile demuestra que ya desde los años 20 se daban movilizaciones urbanas, relativamente frecuentes. Sin embargo, sería sobredimensionado concluir que a partir de ahí se generó, inevitablemente, una capacidad homogénea de organización y de lucha.

Miremos un poco más en detalle a esta tradición de movilizaciones urbanas.¹⁷ Las condiciones políticas y sociales bajo las cuales ocurrieron estas movilizaciones incorporaron un “Estado de compromiso”. Aunque es cierto que la preocupación de este Estado por “los pobres de la ciudad”, nunca fue muy grande, siendo por el contrario, variable y discontinua (dado los distintos rasgos políticos de los consecutivos gobiernos), no se puede negar que a pesar de ello el Estado nunca negó abiertamente las razones de las reclamaciones poblacionales (Espinoza, 1988: 133, 228-22; Dubet, et al., 1989; Moulián, 1991: 75, 78; Salman, 1993: 143-146 y 251-262). Como consecuencia, muchas veces las

15. *Habitus*, según Bourdieu, es un complejo de sistemas de disposiciones perdurables, constituido, entre otros factores, por las condiciones materiales de vida características de una clase; manifestándose en las regularidades y rutinas de un ambiente socialmente estructurado. Estas disposiciones estructuran las disposiciones, prácticas e imágenes “regulares” y “reguladas” sin que sean “reglas” que son conscientes o que imperativamente “hay que seguir”. Constituyen la similitud de un grupo o un sector social, tienen que ver con un “estilo de vida”, y limitan tanto como posibilitan el radio de acción y las reacciones frente a las rutinas cotidianas y frente a un drástico cambio de condiciones (Bourdieu, 1972: 175).

16. Vea también Thome, 1991: 94.

17. Voy a dejar de lado a las movilizaciones que tenían como base temas sindicales o claramente políticos. Para el tema de este texto, lo relevante es sobre todo observar las movilizaciones por parte de “los pobres de la ciudad”.

movilizaciones no atacaron directamente al Estado como tal, sino que denunciaron leyes o decretos específicos bajo referencia al “deber” del Estado de preocuparse, ya que “todos merecemos trato igual”; o incluso buscaban protección del Estado contra abusos de funcionarios específicos o contra propietarios (Espinoza, 1988).

Un segundo factor condicional muy importante fue la política económica de sustitución de importaciones. Como consecuencia de esta política, el Estado asumió un importante papel en el desarrollo económico. El auto-entendimiento nacional, generado a partir de ahí, fue fuertemente influido por el concepto de que el país estaba industrializándose, desarrollándose, enriqueciéndose, así como por el concepto de que sería justo que se redistribuyeran los frutos de todos estos esfuerzos. En este contexto, las movilizaciones basadas en una identidad obrera se presentaron, desde la perspectiva popular, como las más adecuadas para conseguir resultados substanciales. En ese matiz de un futuro industrial, manifestarse como “pobres urbanos” posiblemente fue importante para conseguir (con la ayuda del Estado) resultados directos y concretos, y así asegurar servicios urbanos para una mejor condición habitacional. Pero no sirvió para dar forma a una lucha sistemática, que integrara el ser “pobre urbano”.

Como consecuencia de estos dos factores las movilizaciones poblacionales solían ser incidentales, dirigidas a temas y problemas concretos, y buscando la alianza del Estado más que el antagonismo con este. Tampoco se desarrolló una identidad poblacional o de pobres urbanos fuerte. No había visiones o proyectos sociales que fueran más allá de resolver cuestiones concretas, permitiendo generar ese tipo de identidad. Identificarse como “poblador” o como “nosotros los pobladores”, no traía consigo expectativas más de fondo que permitieran mejorar las condiciones de vida. Los discursos políticos, ubicados en un plano más alto, no tematizaron lo poblacional, sino “la clase obrera”. Tampoco existían proyectos políticos o visiones sobre una sociedad futura en los cuales los pobres urbanos ocupasen un lugar central. En las propuestas políticas de esos años el obrero y (a veces) el pueblo, cumplían un rol central. La categoría de “pobladores” fue más bien negativa: lo que ya no existiría una vez que Chile cambiase.

En los años sesenta el tema de los marginales ganó importancia, tanto en debates académicos como en los discursos políticos. Resultó cada vez más problemática la idea de que la pobreza urbana fuera algo coyuntural, algo temporal que iba a desaparecer una vez que el proceso de industrialización terminase. Una interpretación muy influyente, dentro de esta línea, fue la del DESAL. Según esta visión la marginalidad no iba a desaparecer automáticamente con el progreso. Aparte de eso se diagnosticaba un peligro: el que en calidad de excluidos los pobres urbanos fuesen muy susceptibles, tanto a la apatía e inercia, como a la agitación política. Por eso, como ya fue tradición en Chile,

el Estado tenía una gran responsabilidad para combatir la marginalidad (DESAL/CELAP, 1970: 15), e integrar social y políticamente a los marginales. Este nuevo discurso político, así como la intensificación de un tipo de dirección activa de parte del Estado hacia los pobladores,¹⁸ (que tuvo como resultado que los partidos de izquierda también se preocuparan más de los pobres urbanos), hizo crecer el peso político de la categoría poblacional.

Parecería lógico pensar que a partir de ahí la confianza política de los pobladores en sí mismo crecería y la auto-identificación y cohesión como “nosotros pobladores” sería cada vez más fuerte. Pero no fue tan simple el asunto. El período de puesta en escenario de los pobladores y la escalada política fue demasiado corta como para producir nuevas “clases por sí mismas”, o actores colectivos. Obviamente, había muchas movilizaciones de parte de los pobladores en los años que van desde 1964 hasta 1973. Pero casi todas fueron dirigidas, estimuladas o apoyadas por partidos políticos. También continuaba el “estatismo”, aunque muchas veces los discursos políticos incorporaron elementos “para conquistar el Estado”. Sin embargo, la gran mayoría de las acciones siguió dirigiéndose al Estado con quejas y demandas concretas, y no con un ariete. La radicalización de la lucha, como elemento dentro de una estrategia política de los partidos de izquierda, fracasó muchas veces en las poblaciones una vez que estas habían resuelto los asuntos de vivienda, agua, alcantarillado y electricidad (Burnett, 1979: 378-379; Tennekes, 1975: 71; Vanderschueren, 1971: 111). Los pobladores sí se dejaron movilizar, e incluso muchas veces repitieron los discursos de los partidos políticos de izquierda. Pero esto no significa que incorporaran las correspondientes expectativas políticas y panoramas de lucha a largo plazo, ni que en el fondo creyeran en estas ideas revolucionarias de construir una sociedad diferente. Para muchos de ellos la oportunidad política fue lo más valioso. En estas circunstancias fue posible obtener el apoyo de un partido o a veces del propio Estado en acciones puntuales para obtener vivienda. Todo esto abría, además, un espacio para mostrar su presencia, para hacerse escuchar,¹⁹ o para conseguir cosas.

Sin embargo, es difícil decir que los pobladores como tales se identificaran con proyectos políticos de mayor escala, o que el hecho de “ser poblador” fuera concebido como “ser un actor político”. No fue muy fuerte la idea de que los pobladores pudieran ser una categoría positiva, un actor contra el sistema, el Estado, o el capitalismo. Estos actores más bien fueron los obreros, o los campesinos, o “el pueblo”. La intensa movilización política de los pobladores

18. Sobre todo por parte del gobierno de Frei (1964-1970).

19. Por primera vez en Chile aparecieron publicaciones y libros dedicados a los pobladores, en los que había un carácter positivo y de admiración. También apareció un disco compuesto por Víctor Jara, armado a partir de sus propias experiencias de vida, en el cual había fragmentos de las percepciones de los pobladores.

en los años que van hasta 1973 fue más una expresión de la oportunidad de conseguir algo concreto que una manifestación de una fuerza poblacional “desde abajo”.²⁰

Dos aspectos más necesitan atención. Cabe destacar, en primer lugar, que la movilización poblacional hasta el año 1973 fue predominantemente masculina. Obviamente había excepciones, y muchas mujeres participaron en tomas, en manifestaciones para servicios urbanos, y durante el gobierno de Allende en las Juntas de Abastecimiento Popular, los JAP. Sin embargo, cada vez que los pobladores jugaban un rol político (siempre en relación con partidos políticos), los hombres estuvieron sobre-representados.

Otro aspecto es la distinción entre acciones manifiestas e internalizaciones más de fondo. No quiero argumentar que los pobladores fueran manipulados o actuar *solamente* por el estímulo de los partidos políticos. La gran mayoría lo hacía por convicción. Sin embargo, los parámetros que introdujeron los partidos para dar significación a estas acciones, generalmente no fueron internalizados. El ser-poblador no fue, ni en los momentos más exitosos, una bandera atractiva, algo de qué sentirse orgulloso.

Después del golpe de Estado, el 11 de septiembre de 1973, cambiaron completamente las condiciones para la acción colectiva de los distintos sectores de la sociedad chilena y dentro del universo poblacional. De un día a otro desapareció el Estado de compromiso. El Estado ya no estaba dispuesto a hacer concesiones, ni a jugar el rol de intermediario con los propietarios de los terrenos tomados por los pobladores, ni como institución responsable ante *todos* los chilenos, capaz de dar un mínimo de legitimidad a acciones en pro de vivienda y servicios urbanos. De hecho el régimen militar desconfiaba mucho de los pobladores, a los que consideraba partidarios del gobierno anterior. El Estado se convirtió en algo completamente nuevo para los pobladores: en enemigo. También los partidos políticos desaparecieron, de un momento a otro, como intermediarios frente al Estado, o como instituciones dispuestas a ayudar en acciones colectivas poblacionales. No había, entonces, ninguna institución o sector que articulara problemas y demandas poblacionales, dando forma a sus acciones, y generando una terminología legitimadora de sus exigencias.

En los años anteriores al golpe militar, no se había generado una identidad colectiva fuerte y homogénea en las poblaciones, ni una creencia en la “capacidad propia”. No existía una capacidad desde abajo, resultado del “ser-poblador”, que estuviera en condiciones de dar forma a nuevos modelos de acción. Los partidos y los sindicatos estaban prohibidos, y los pobladores no tenían una identidad propia que les permitiera construir nuevas formas de

20. Un símbolo de esto es que el término “poblador” fue catapultado desde arriba; nunca fue una denominación surgida desde abajo.

promoción de intereses de los pobres urbanos.²¹ Tampoco tenían capacidad para gestionar ante el Estado “nuevo”. Faltaban el Estado de compromiso y los antiguos partidos políticos que habían cumplido un papel dirigiendo acciones y movilizándolo un sector social que por su cuenta no creía tener poder o capacidad de cambiar cosas.

A los hombres, sobre todo, les parecía sin sentido tratar de realizar algo –bajo estas nuevas condiciones– a base de esfuerzos colectivos. Las posibilidades de éxito parecía presentarse muy difíciles sin los partidos políticos. Las circunstancias no parecían favorables para ganar beneficios netos. Una vez desaparecidas las condiciones susodichas, ya no resultaba razonable realizar cualquier esfuerzo para conseguir algún mejoramiento, como pobladores. Muchos optaron entonces por estrategias individuales: luchar para conseguir o mantener una paga, un trabajo, o para, informalmente, ganarse la vida. Aquí no me refiero a decisiones conscientes y discursivas. Más bien se trata de un complejo de capacidades e incapacidades desarrolladas en el pasado, que les tornaba impotentes para enfrentar las nuevas condiciones de manera colectiva. No es un problema de culpa o responsabilidad; más bien se trata del tipo de “constelación interna”, tanto individual como colectiva, que forma la base y el *modus operandi* para constituir formas de asumir responsabilidades y “culpabilidades”. No es cuestión de (falta de) conciencia de clase, sino más bien de auto-entendimientos y capacidades, en parte inconscientes. Todo esto se tradujo no tanto en apatía o parálisis, como en impotencia de armar algo colectivo que fuera adaptado a las nuevas condiciones. Por eso, la gran mayoría de los hombres optó por una estrategia de “pololear” y “rebañar” individualmente, seguir soñando en nuevas eras de libertad, para poder volver a inventar “formas eficaces” para salir adelante en la vida.

Estos pre-requisitos para “hacer sensato organizarse” no se dieron con tanta fuerza entre las mujeres. Ellas fueron mucho menos formadas en esta tradición. Como consecuencia, no necesitaron de intermediarios, de un Estado que respondiera, o la perspectiva de algo substancial que viniera desde afuera para mejorar sus condiciones de vida, para dar impulso a las acciones colectivas. Este a mi juicio es un factor de gran peso, aunque muchas veces desapercibido, en la explicación de por qué las mujeres participaron en el nuevo tipo de organización que emergió después de 1973, en cantidad mayor a la de los hombres. Obviamente existieron otras condiciones que influyeron en este comportamiento de las mujeres. El mayor riesgo de represión para los hombres,

21. Por supuesto existió también el factor de la represión. Sin embargo, no creo que esto haga superfluo el hacer hincapié en una falta de una identidad colectiva “ofensiva”, resultado de una historia de movilizaciones en las cuales el “scr-poblador” no fue nunca base para proyectos políticos o proyectos individuales que permitieran “salir adelante en la vida”.

así como la responsabilidad de las propias mujeres en la subsistencia de las familias pesaron en todo esto (como lo han analizado muchos investigadores). Pero no menos importante era un tipo de preparación específica como mujeres pobladoras, un tipo de equipamiento, y de habitus. No es que ellas tuviesen una “reserva” de talentos apta para la nueva situación; en la mayoría de los casos fue cuestión de inventar, probar, fallar, e intentar de nuevo. Muchas mujeres nunca estuvieron convencidas de que lo que hicieron sirviera para algo más allá de lo hecho. Muchas de ellas entraron en organizaciones y las abandonaron al poco tiempo.

Lo que intento mostrar es que no fue solamente una mayor o mejor posesión de capacidades, sino también, al mismo tiempo, la falta de orientaciones y motivaciones específicas —o la idea de que solamente bajo las condiciones de un Estado de Compromiso tenía algún valor invertir energía en juntarse— lo que influyó en las nuevas formas de enfrentar los problemas. Fue, en parte, esta laguna en el “saber cómo” organizarse la responsable de la mayor participación de las mujeres. Ellas tenían, en cierto modo, menos prejuicios sobre las condiciones necesarias para que tuviera sentido el esfuerzo colectivo. Como consecuencia, muchas mujeres, de forma cotidiana y sin una mayor estrategia, dieron forma a modelos de organización que no apuntaron a “crecer”, o a desarrollarse en torno a objetivos “más políticos”.

Y fue todo eso, también, lo que produjo otro tipo de organización: más informal, mucho más orientada a resolver las cosas con recursos informales, poniendo el acento más en lo de “adentro” que en lo de “afuera”. No fue solamente la represión la responsable de su existencia sino también el conjunto de factores socio-psicológicos a los que he hecho referencia. Es posible que esto explique, además, el porqué toda esta red de organizaciones, en el “momento oportuno”, no se convirtió en algo con un perfil “más político”, más coordinado, más transformador. Poner énfasis en esta dimensión del equipamiento de los actores (o las “preparaciones”), nos puede ayudar a entender el porqué los actores no reaccionaron más astutamente en determinadas situaciones. La acción colectiva no es dirigida solamente por el balance entre riesgo y beneficio que hacen sus participantes. No es solamente el cálculo lo que determina si los actores entran en la acción colectiva o no. Tampoco es solo la oportunidad política lo que determina qué tipo de organización se forma. Ambas tesis presuponen que el actor es libre de elegir, o preparado para hacer, “libremente”, un balance entre los riesgos y los beneficios. En realidad, el actor, tanto individual como colectivamente, ya tiene toda una trayectoria anterior a cada situación, que le conduce a reaccionar o decidir de determinada manera. Si tomamos en cuenta estos factores disposicionales, como complementarios de factores estructurales e interaccionales, podremos entender mejor las vicisitudes de las organizaciones poblacionales. Así, por ejemplo, se puede explicar más concisamente las reacciones tan distintas dentro del mundo poblacional, frente

a la opción de armar alguna asociación u organización, bajo las condiciones que impuso la dictadura. Tanto en términos de género como en términos de generación, las diferencias entre grupos de actores dentro de la población es considerable.²²

Pero hay más. Creo que con este enfoque se puede entender mejor el porqué toda esta red de organizaciones poblacionales, tan novedosa y dinámica en tantos sentidos, y que involucró a gran cantidad de gente, no fue capaz de desarrollarse hacia la constitución de algo más coherente, más coordinado, en condiciones de aportar políticamente e influir en la transición. Es posible que esto se debiese, en parte, a que la gran mayoría de los participantes nunca tuvieron la ambición de hacer política, ni participar en la escena pública. No había voluntad ni capacidad de transformar estas miles de experiencias nuevas en algo discursivo, en algo que estuviera al nivel de los discursos políticos. Fue tan solo una minoría de sectores realmente politizados, portavoces de ONG y de algunos partidos políticos, la que soñó en la potencia de las organizaciones de pobladores. Pero dedicándose a ello, se distanciaron ellos más y más de la base de las organizaciones: las mujeres.

Con eso no quiero decir que no se dieron importantes procesos de aprendizaje; o que no hubiera cambiado la situación de las mujeres involucradas. Por el contrario, se cambió mucho. Estas mujeres aprendieron, abrieron nuevos espacios, conocieron cosas nuevas, entraron en ambientes nuevos. Fueron cambios, pero no tan nuevos o distintos a las prácticas cotidianas de estas mujeres, como para que se sintiesen preparadas y dispuestas a tener una presencia en el mundo de la política institucional. No eran, entonces, cambios conducentes a preparar a las mujeres para jugar un papel o un rol importante en la transición.

Los cambios sustanciales van lentos. Siempre son parciales y fragmentados. No es decisivo el tomar conciencia o adoptar nuevos discursos; lo que muchas mujeres, en el curso de su participación, efectivamente hicieron. Los cambios de conciencia y convicción, sin embargo, tienen otro ritmo que los cambios de prácticas, rutinas y orientaciones más de fondo. Las experiencias y prácticas nuevas tienen una gran importancia, y en este sentido se cambió mucho (y poco a la vez). Pero no se puede recoger los frutos de estos procesos tan categóricamente. Y en eso se equivocaron los que miraban con euforia los nuevos movimientos sociales poblacionales.

Hubo también mucho debate sobre los jóvenes pobladores, con respecto a su participación dentro de las protestas de los años 1983 y 1984, y a sus estilos

22. Claro que existen más líneas de distinción: entre poblaciones de invasión y poblaciones "gubernamentales", entre viejas y nuevas poblaciones, entre católicos y pentecostales, entre familias tradicionalmente obreras y familias que siempre trabajaron en lo informal, etc.

de organización. Muchos pobladores se quejaron (en los ochenta) de la actitud de los jóvenes. Los más militantes hablaron de su falta de interés y su escepticismo, otros sobre supuestos vínculos con las drogas y la holgazanería, o sobre sus problemas de educación. Con relación a esto creo que hay que tomar en cuenta que los jóvenes fueron creciendo en los años de la dictadura. Su capacitación, sus orientaciones, ambiciones y expectativas reflejaron las condiciones de ese período. Las esperanzas, utopías, métodos y estrategias políticas de sus padres, no significaban mucho para los jóvenes. Sus pautas políticas se les presentaban un tanto anticuadas: el conformismo, el integracionalismo y el “obrerismo” eran para ellos cosas anacrónicas. Lo que rechazaban no era solamente la dictadura, sino también el “constructivismo” de sus padres.

Justamente por eso no fueron tan limitados como sus padres al momento de juzgar sensatez en la acción colectiva. Pero tampoco tan comprometidos y curiosos como sus madres al momento de armar organizaciones de subsistencia. Para ellos las cosas más deseadas fueron la libertad y renovación cultural y el tener espacios de encuentro. Por lo demás, tuvieron resistencia tanto hacia el autoritarismo del régimen como hacia el de sus padres. No fueron constructores, sino “antis”.

Es esta ausencia de una herencia incorporada de “responsabilidades constructivas”, lo que provocaba una radicalización entre ciertos grupos de jóvenes pobladores. Fueron estos grupos los que formaron las vanguardias durante las protestas. No para construir, sino para rechazar lo que había.

Esta toma de posición radical en sus acciones durante las protestas chocaba con la perspectiva de sus padres. Aquí faltaba una estrategia astuta, una voluntad de contribuir con algo que pudiera mejorar un poco la situación. En opinión de los mayores la participación de los jóvenes fue destructiva.

Por todos estos factores las organizaciones poblacionales se caracterizaron por mostrar objetivos limitados y concretos y por la dispersión. Por eso también los procesos de transformación y crecimiento fueron limitados.

Las explicaciones estructuralistas e interaccionistas de la implosión del movimiento poblacional en el momento oportuno, se pueden complementar considerando la ausencia de una experiencia masculina en la política, en el momento de ese desafío de entrar en una nueva etapa. A pesar de los cambios experimentados persistió la tendencia integracionista y de confianza en el Estado Social, porque los hombres en su reacción a los cambios, solo limitadamente habían vuelto la tortilla de sus criterios políticos y sus ambiciones.

En vísperas de la democracia, sobrevivieron muchas de las organizaciones poblacionales. Pero siguieron sobre-representadas las mujeres en ellas, y las perspectivas políticas continuaron siendo limitadas. Los jóvenes continuaron dando forma a sus organizaciones culturales y de búsqueda de identidad. En la mayoría de estas organizaciones llamaba la atención la ausencia de hombres políticamente “astutos”. Es cierto que había algunos jóvenes socializados en el

discurso de “un nuevo movimiento social” y algunos “viejos” transformados durante la dictadura, pero eran muy pocos como para ser los portadores de una transformación de dinámicas aisladas en un movimiento más grande y coherente.

Es obvio que los factores estructurales también juegan un gran papel en todo esto, así como el carácter desmotivante del Estado; la renuncia de la Iglesia a su posición estimulante y el traspaso hacia el Estado de muchas ONG. Sin embargo, no menos importante es el papel de los factores heredados y los cambios en la dimensión de las identidades, en el habitus y las competencias de los distintos sectores dentro del mundo poblacional.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS FINALES

Este texto intentó dar una interpretación un poco más precisa del fenómeno de la organización poblacional durante la dictadura, en Chile. No obstante podríamos extraer algunas conclusiones más generales.

En primer lugar está la necesidad de tomar en cuenta los distintos factores en juego en análisis de este tipo, y hacerlo de modo diferenciado. El complejo de factores estructurales ayuda a explicar la “caída” del modelo de organización de base en la transición. Igualmente importante es tomar en cuenta la influencia de los “actores terceros”, como desmotivadores de la participación en el caso del Estado; y como estimuladores de un modelo de organización archipiélago en el caso de la Iglesia y las ONG. Sin embargo, estos factores, por sí solos, suelen abreviar y parcializar nuestros entendimientos. No menos importante es tomar en cuenta el peso de las disposiciones dentro del universo de las organizaciones, para entender el supuesto “silencio” de estas en el proceso de transición.

Se podría objetar, en relación a lo dicho, que el tomar en cuenta “todo”, no explica nada. Lo interesante, se podría decir, no es inventariar todas las relaciones existentes entre unos aspectos y otros, sino mostrar efectos significativos entre ciertas causas y ciertas consecuencias. No creo que esta objeción valga en contra de mi propuesta, ya que en ningún momento se está planteando un “paisaje de inter-relaciones múltiples”, sino un tipo de análisis capaz de demostrar concretamente y de modo específico qué tipo de factores contribuyeron a determinado tipo de desarrollos organizacionales. A base de ello se puede determinar, además, de mejor modo, las limitaciones y posibilidades del desarrollo de estas organizaciones.

El texto ha mostrado, en segundo lugar, lo equivocado que resulta plantear conceptualizaciones fijas de los actores a partir de condiciones socio económicas; o, por el contrario, tratarlos como si sus acciones se inscribieran en una especie

de “tabla rasa” con capacidad y disposición de actuar y crecer, fuera de una historia individual y colectiva.

Considerando al actor como alguien pre-equipado por disposiciones previas, se podría evitar caer en la trampa de acusar a una “conciencia falsa” por no-actuar de manera correcta o caer en la trampa de atribuir todo a las condiciones externas. Pero existe, al mismo tiempo, un punto posiblemente más importante, y es que el supuesto “consevardurismo de los pobres” resulta ser un mito. No es cierto que el pobre evite acciones o ataques al orden vigente, por miedo o desconfianza. En sus acciones el pobre considera factores diversos, mide elementos de riesgo y oportunidad, y eso lo hace a base de sus auto-identificaciones, su memoria y las aspiraciones sociales, que constituyen su capacidad y el carácter de este poder de calcular.

En el ámbito de las conceptualizaciones de acción colectiva y movimientos sociales, también se pueden impulsar algunas conclusiones importantes. En tercer lugar, entonces, creo haber demostrado que la meta de afirmar o contradecir la existencia de un movimiento social no suministra una buena entrada para las investigaciones sobre acción colectiva. Más bien, esta posición suele desfigurar la multidimensionalidad en la formación de organizaciones y movimientos sociales. Además, no existe una línea de distinción clara entre lo que “no-es” (todavía) y lo que “ya-es”. La ilusión de poder distinguir, muchas veces tiene como resultado que lo que “no-es” (todavía) pierda importancia. Aparte de eso, no se reconoce el papel del “terreno de lo intermedio”: el terreno por el cual pasa todo lo que puede pero no necesariamente hace que se realice un movimiento social; el terreno de matrices de organización que se desarrollan y que merecen ser estudiadas sin que necesariamente concluyan en algo que puede ser calificado como “movimiento”. Mucho más útil sería reconocer qué tipo de formación o de organización aparece en un proceso fluido, no necesariamente acumulativo, pero tampoco no-significativo, hasta que el movimiento aparece claramente.

Como consecuencia de todo ello es importante tomar en cuenta lo difuso de los resultados, de los fracasos y éxitos, en las acciones de los movimientos sociales. No es que las organizaciones solamente “ganen” o “pierdan” algo en la dimensión de lo concreto y lo local, ni tampoco se puede juzgar a los movimientos considerando su “puntuación” en la dimensión de lo nacional o lo estructural. Los resultados y efectos de las organizaciones también tienen que ser analizados de modo más diferenciado. Así, por ejemplo, los efectos del proceso de participación en las organizaciones son muchas veces difíciles de medir, y suelen ser defendidos solamente en términos opacos (como “identidad” y autoconfianza). Creo que mucho más importante es tratar de profundizar el peso de este tipo de cambios en términos de “efectos indirectos”. Los procesos de aprendizaje, como participantes en organizaciones, también incluyen la adquisición de competencias muy concretas, que no deberían ser “excusadas”

con términos tan opacos como este de “reforzamiento de identidad”. La memoria colectiva de este tipo de experiencias (o un cambio de las relaciones internas en el sector dentro del cual se encuentren los posibles participantes) va más allá de un recuento nostálgico. Constituye, posiblemente, “materia prima” importante para cuando aparezcan nuevamente opciones de vinculaciones organizativas. Por supuesto, también es posible que se pierdan las nuevas-adquiridas-competencias; ninguna posesión de este tipo está garantizada. Pero todo esto estimula una aproximación más recelosa de los resultados de las acciones de organizaciones y movimientos sociales, en lugar de solamente determinar si tuvieron éxito, o fracasaron.

Entonces, podríamos decir, que las organizaciones poblacionales de la dictadura ni fracasaron ni fueron exitosas. Reducir la importancia, la riqueza, la complejidad y el producto de sus vicisitudes hacia una alternativa dicotómica, es una injusticia frente a los que participaron en ellas y un desconocimiento de su universo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aman, Kenneth y Parker, Christian,
1991 *Popular Culture in Chile: Resistance and Survival*, Westview Boulder/Oxford, Press.
- Baño, Rodrigo,
1984 *Lo social y lo político: consideraciones acerca del movimiento popular urbano*, Documento de Trabajo 208, Programa FLACSO, Santiago.
- Bourdieu, Pierre,
1972 *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethologie Kabyle*, Librairie DROZ, Genève/Paris.
- Burnett, Dennis,
1979 “Grass root and political struggle-The pobladores movement in Chile 1968-1973”, en *Viertel Jahres Berichte* 78.
- Campero, Guillermo,
1987 Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar, en *Proposiciones*, 14, agosto.
- Carroll, William K. y Ratner, R. S.,
1994 “Between Leninism and Radical Pluralism: Gramscian Reflections on Counter-Hegemony and the New Social Movements”, en *Critical Sociology*, No. 20 (2), pp. 3-26.
- Constable, Pamela y Valenzuela, Arturo,
1991 *A Nation of Enemies; Chile under Pinochet*, W.W. Norton & Co. New York/London.

- De la Maza, Gonzalo,
1993 "Cuatro años no es nada. Reflexiones sobre participación social en democracia", en *Cal y Canto*, No. 14, noviembre.
- DESAL/CELAP,
1970 *Población y familia en una sociedad en transición*, Ed. Troquel, Buenos Aires/Santiago.
- Dubet, François, *et al.*,
1989 *Pobladores. Luites Sociales et Démocratie en Chile*, L'Harmattan, Paris.
- Espinoza, Vicente,
1988 *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Sur, Santiago.
- Evers, Tilman,
1985 "Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America", en Slater (edit.), *New Social Movements and the State in Latin America*, CEDLA, Amsterdam.
- Friedman, John,
1989 "The Latin American Barrio Movement as a Social Movement: Contribution to a Debate", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 13 (3), pp. 501-510.
- Garcés, Mario,
1990 "Movimientos sociales en Chile y transición a la democracia", en Claudio Rammsy (edit.), *Iglesia y transición en Chile*, Edición Rehue, Serie de Estudios del Centro Ecuménico Diego de Medellín, Santiago.
- Garretón, Manuel Antonio; Sosnowski, Saúl y Subercaseaux, Bernardo,
1993 *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Fondo de Cultura Económica, Santiago.
- Kriés, Rafael,
1983 "Confiar en sí mismos. Las organizaciones de base en Chile", en *Nueva Sociedad*, No. 64 (enero/febrero), Caracas.
- Lira, Elizabeth y Castillo, María Isabel,
1991 *Psicología de la amenaza política y del miedo*, ILAS, Santiago.
- Moulián, Tomás,
1991 "Political Movements and Popular Culture", en Kenneth Aman y Cristián Parker, eds., *Popular Culture in Chile. Resistance and Survival*, Westview Press, Boulder/Oxford.
- Oxhorn, Philip,
1988 "Organizaciones poblacionales y constitución actual de la sociedad civil", en *Revista Mexicana de sociología*, No. 2 (abril/junio), México.
1991 "The Popular Sector Response to an Authoritarian Regime. Shantytown Organizations Since the Military Coup", en *Latin American Perspectives*, vol. 18; 1, 68.
- Romero, Luis Alberto,
1990 "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", en *Proposiciones*, No. 19, julio.

- Salman, Tom,
 1996 "Culture and Politics in Chile. Political Demands in an 'Apolitical' Society", en Tom Salman (edit.), *The Legacy of the Disinherited-Popular Culture in Latin America: Modernity, Globalization, Hybridity and Authenticity*, CEDLA, Amsterdam, pp. 221-245.
- 1997 *The Diffident Movement: Disintegration. Ingenuity and Resistance of the Chilean Pobladores 1973-1990*, Thesis Publishers, Amsterdam.
- Solervicens, Marcelo,
 1993 "Participación y movimientos sociales", en *Cal y Canto*, No. 14, noviembre.
- Tennekes, J.,
 1975 *Marginaliteit, politieke integratie en bewustwording. Een discussie over de plaats van de bewoners van de "poblaciones marginales" in de chileense samenleving*, CEDLA Incidentele Publikaties 6, diciembre.
- Thome, Joseph,
 1991 "People Versus the Authoritarians: Grass-root Organizations and Chile's Transition to Democracy", en *Beyond Law/Más Allá del Derecho*, No. 2, julio, pp. 85-110.
- Tironi, Eugenio,
 1986 La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia, en *Nueva Sociedad*, No. 83, mayo/junio.
- 1987 "Pobladores e integración social", en *Proposiciones*, No. 14, agosto.
- Uribe, Gabriela,
 1987 "Nuevos movimientos sociales, tejido social alternativo y desarrollo científico-tecnológico: algunas tesis prospectivas", en *David y Goliath*, No. 51, abril.
- Valenzuela, Eduardo,
 1987 "Identidad y representaciones en el mundo popular", en *Proposiciones*, No. 13, enero/febrero, pp. 79-104.
- Vanderschueren, Frans,
 1971 "Pobladores y conciencia social", en *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano y Regionales*, vol. 1, No. 3, octubre.